

México: tres desgracias y una sola realidad (Ensayo no teológico)

Ugo Pipitone

Un par de noticias recientes ilustran dos aspectos no marginales del México de hoy. Primera: el mexicano Carlos Slim, que hace menos de dos décadas disponía de un patrimonio no superior a 3 mil millones de dólares, se encuentra hoy con un patrimonio de 24 mil millones que lo ubica, en la lista de *Forbes*, en el lugar número cuatro entre las personas más ricas del planeta. Berlusconi está en un lejano lugar 25. Y uno, inevitablemente, se pregunta qué clase de capitalismo sea ese capitalismo mexicano que permite ese tipo de "milagros"⁽¹⁾. Segunda noticia: según un estudio reciente (14 de marzo 2005) sobre seguridad personal en 215 ciudades del mundo, la Ciudad de México ocupa el lugar 126. Peor que la Ciudad de México en América Latina están Bogotá(¡210!), Caracas(193), Río de Janeiro(167). Buenos Aires está mejor (por así decir) y ocupa el lugar 115. Y aquí también uno se pregunta cómo sea posible que la Ciudad de México siga estando entre las ciudades más inseguras del mundo después de 8 años de gobiernos de izquierda. La respuesta fácil (pero, no por eso menos cierta) es que México tiene políticos de muy baja calidad -sean de centro, derecha o izquierda. Pero, obviamente, las cosas son un poco más complejas. Lo único claro es que las administraciones de izquierda de esta ciudad, hasta ahora no han tenido el valor, ni la inteligencia propositiva ni la voluntad política para poner mano en la maraña de inercias para-legales, de colusiones con la criminalidad y de ineficacia sustantiva de los aparatos de policía. Mucha "revolución" y muy pocos resultados.

Según antigua conseja, la historia de México se resume así: tan lejos de Dios y tan cerca de Estados Unidos. Ocurrencia dudosa. La Edad media tuvo línea directa con Dios y no sería fácil considerarla el periodo más venturoso de la historia europea y tampoco sería fácil probar, pasando al presente, que la fe en Dios (otro) sea la clave de la felicidad de los iraníes. En cuanto a la cercanía con Estados Unidos, entre la pérdida de la mitad del territorio mexicano a mediados del

¹. Para quien no crea en los milagros, he aquí la pieza mayor. En 1990, en la ola de las privatizaciones de Carlos Salinas, se vende Telmex, empresa pública de telefonía. El adquiriente es Carlos Slim que compra la empresa a un precio que los observadores de la época consideran escandaloso: 1760 millones de dólares. Quince años después, el valor bursátil de la empresa llega a 20,000 millones; 40% de la capitalización de la Bolsa de Valores de México. Añadamos al margen que Slim controla el 90% de la telefonía fija en México, que las tarifas telefónicas en México son dobles respecto a Estados Unidos, que Telmex da empleo a 250 mil personas, que el es principal operador de telefonía móvil en América Latina, que colecciona Rodin, Monet, Degas, Van Gogh y demás.

siglo XIX y la presencia actual de doce millones de mexicanos que en ese país encuentran una vida más decente de la que su propio país les ofreció, el balance es, por lo menos, incierto. Lo único claro es que la ocurrencia mencionada es un escapismo; una forma para buscar las razones de las propias desgracias fuera de sí mismo. Olvidemos las ocurrencias, por tan ingeniosas que sean, y limitémonos a las desgracias construidas por nosotros mismos.

Primera: setenta años de gobierno del PRI que dejan a México con 50 millones de pobres, una distribución del ingreso entre las más polarizadas del mundo y un estado que es un muestrario inagotable de ineficacia, clientelismo, corrupción y simulación. ¿Cómo explicar Carlos Slim sin Carlos Salinas?

Segunda: una transición postpriísta que desde el año 2000 ha incumplido casi todas sus promesas llevando a la presidencia a un individuo (Fox) y a un partido de centro-derecha (el PAN) que, por temor escénico, pusilanimidad, falta de ideas, "exceso" de responsabilidad (o, tal vez, las cuatro cosas juntas), han dejado prácticamente intactas instituciones desastradas por décadas de presidencialismo absoluto.

Tercera (en perspectiva): la posibilidad de la llegada al poder de un hombre (López Obrador, alcalde de la Ciudad de México) cuyo "izquierdismo" consiste en un añejo populismo, una visión conspirativa del mundo y un inquietante atraso cultural.

¿Dónde guarecerse? Pocas veces la distancia entre lo posible y lo real ha sido tan profunda en este país. Digámoslo así: si México registrara en las próximas dos décadas un crecimiento del PIB per capita en el orden del dos por ciento anual, al final de este periodo alcanzaría los actuales niveles de bienestar de un país como Portugal. Un salto (como se dice) histórico. ¿Qué lo impide? La política o, mejor dicho, la baja calidad de una política que no puede encontrar los consensos mínimos para reformar las instituciones y una maquinaria del estado que hace agua por (casi) todos lados.

Frente a lo posible que está al alcance de la mano, en el centro de la escena una feria de las vanidades que haría palidecer la original. Cualquier político de ínfima categoría intelectual parecería sentirse Napoleón, o poco menos (o más). En un despliegue de obsesión presidencialista (que revela la psicología de fondo de los partidos políticos mexicanos: no se trata de gobernar sino de ocupar el estado, supremo dispensador de favores), desde hace meses ése es el tema central, una especie de hoyo negro en que todas las urgencias de México se pierden en una feria de ambiciones que germinan por doquier sin el menor asomo de un proyecto serio. Lo que ocurra después de 2006 (en realidad ¡lo que ocurre hoy!) no recibe el mayor interés de la política.

Lleguemos entonces a las tres deplorables perspectivas de las elecciones de 2006: el retorno al poder del PRI (o sea, perdón nos equivocamos o, en bolero: "miénteme más que me hace tu maldad feliz"), la continuación en el gobierno de un partido conservador (el PAN) sin el sentido de las dramáticas urgencias del país y una "izquierda" (el PRD) que compensa su confuso estado intelectual con generosas dosis de retórica. Otra vez, ¿dónde guarecerse?

Y hasta prueba contraria ni Dios ni Estados Unidos tienen algo que ver con ese, endógeno, equilibrio catastrófico.

Algunas observaciones finales sobre la izquierda mexicana. A menos de giros inesperados del destino, el ciclo de Cárdenas como "líder natural" del PRD ha concluido. Ha nacido la nueva estrella: Andrés Manuel López Obrador. Andrés Manuel para la raza, como en el fútbol o en las telenovelas. El alcalde de la Ciudad de México que, a golpes de campañas (autodirigidas) se ha convertido a los ojos de muchos en el hombre del destino. Siguiendo a Brecht podríamos pensar en El irresistible ascenso del "indestructible", como el susodicho ama definirse a sí mismo.

La Procuraduría General de la República decidió enjuiciar a AMLO por desobedecer una orden judicial a propósito de un asunto tan nimio que no vale la pena mencionar aquí. En un súbito y sospechosamente político celo legal, se aplica al alcalde lo que en muchísimas ocasiones no se consideró digno de procedimientos legales. Y de esta manera, López Obrador podría quedar inhabilitado para participar en las elecciones presidenciales de 2006.

Volvamos atrás por un momento. El PRD nació en 1989 como confluencia de dos corrientes: ex priístas vinculados al discurso nacionalpopulista de Cuauhtemoc Cárdenas (que consideró llegado el momento de ocupar la presidencia que su padre había ocupado entre 1934 y 1940) y una izquierda entrampada entre mitos revolucionarios, una mayoritaria simpatía hacia Fidel Castro y una virtual ausencia de intelectuales en el partido.

En 1988 ocurrió el milagro: alrededor de Cárdenas, por primera vez en su historia, la izquierda mexicana llegaba a las elecciones presidenciales con una posibilidad real de ganar y, sobre todo, de construir una nueva cultura de reformismo democrático. Las elecciones se perdieron, probablemente más por el fraude que por insuficiencia de votos, y peor, la "nueva cultura" sigue esperando debajo de una costra de líderes carismáticos y genericidades discursivas. Ninguna de las corrientes que confluieron en el PRD sintió la necesidad de reflexionar críticamente sobre su propio pasado y sobre la necesidad de construir una nueva cultura y una nueva práctica política en un México devastado económica y culturalmente por el PRI y sus presidentes

tlatoánicos. Una izquierda que, hasta el presente, queda envuelta en los humos tóxicos de pautas culturales no superadas. Un revoltillo de residuos discursivos mal ensamblados y peor dirigidos. Resultado: en las elecciones presidenciales de 1988, 1994 y 2000 el PRD obtuvo el mismo número de votos (6 millones) mientras el electorado aumentaba en 20 millones.

La soldadura necesaria entre clases medias, campesinos en condiciones de miseria crónica, desempleados urbanos, etc. queda por realizarse. Las ideas capaces de unir en un proyecto común de cambio este abanico de fuerzas, están, aparentemente, lejos de nacer. Por lo menos en el ámbito de esta izquierda mexicana.

Algunas palabras finales sobre AMLO. Una de las primeras campañas *políticas* del nuevo alcalde de la ciudad fue rehusar la introducción de la hora legal lo que, de pasar, habría significado el ridículo planetario de una Ciudad de México con su propia hora. De socialismo en un solo país a la hora propia en una sola ciudad. En 2004, aparecieron vídeos en que algunos de los más directos colaboradores del alcalde embolsaban (literalmente) importantes cantidades de dólares a cambio de favores relativos a la asignación del gasto público de la ciudad. En lugar que aprovechar la ocasión para iniciar una seria política de depuración y moralización de la administración, el alcalde prefirió llamar al "complot" contra él para debilitar sus perspectivas presidenciales. Y, concluyendo este corto florilegio, el "segundo piso". En lugar de emprender la reforma del sistema del transporte público de la ciudad, lo que habría implicado la expansión del Metro y de los sistemas conexos de transporte, el señor alcalde se decidió por vialidades elevadas que tenían a sus ojos dos ventajas esenciales. Primera: evitar los líos políticos de enfrentar la jungla de intereses existentes y segunda: ofrecer a la ciudadanía una obra faraónica de seguro impacto para los electores-automovilistas. El alcalde expriísta de una de las ciudades más contaminadas del planeta, y ahora campeón de las causas populares, decidió favorecer la circulación de automóviles privados en lugar que reformar el sistema público de transporte.